

Sobre el segundo milenio

José María Garrido Luceño

Profesor de Filosofía del Centro de Estudios Teológicos de Sevilla

En el umbral del segundo milenio, un obispo francés, Gerardo de Cambay, describía la sociedad estamental como la expresión original e inmutable de la humanidad: «El género humano se encuentra dividido desde el principio en tres grupos, los que rezan, los agricultores y los guerreros». In oratoribus, agricultoribus et pugnatoribus. Dividir un conjunto en sus partes es un acto de la mente, que en su dinamismo postula el acusativo latino: «Gallia est omnis divisa in partes tres», comienza diciéndonos César en *La guerra de las Galias*, tan familiar para los afortunados alumnos de la enseñanza media de antaño. Sin embargo, el bueno de Gerardo de Cambay divide el género humano mediante un ablativo estático, reflejo de un orden vigente míticamente «desde el principio» y del que no barrunta cambio alguno. El estamento del trabajo lo forman solamente los agricultores, los cuales para nuestro autor medieval existieron desde el principio. Hoy sabemos que sólo existen desde el neolítico, mucho después del principio.

Tenemos aquí un caso concreto, que confirma la poética observación de Hegel: la lechuza de Minerva (la reflexión) comienza su vuelo al caer del crepúsculo. En efecto, cuando escribía su escueta división estamental Gerardo de Cambay, hacía aproximadamente un siglo que se había logrado ya la seguridad de los caminos, una vez conjurados los continuos ataques de vikingos, húngaros y sarracenos. Estaba ya en marcha el renacimiento urbano, impulsado por

artesanos y mercaderes. Los burgueses, los «hombres medianos», en los que no reparó Gerardo de Cambay, eran el motor del cambio, que acabaría con aquel cuadro social, tan aparentemente inmutable. Logran cartas franquicias y comunales, entran muy pronto en las cortes de las monarquías medievales, se alinean en el orden estamental, como el modesto y contribuyente «tercer estado» y nadie sospechó entonces (Alfonso IX de León los admitió en sus cortes en 1188) que el temible cuco entraba en escena, para acabar echando del nido a los otros polluelos.

Pues sí, desde el siglo x había comenzado ya el «despegue» de Europa, impulsado por la burguesía ascendente. Vista la historia desde nuestro presente, tenemos un largo proceso de expansión económica y de remodelación social en creciente aceleración y complejidad. El Manifiesto del Partido Comunista (1848) destaca el papel de protagonista, que cumple la burguesía en el nacimiento y configuración del mundo moderno. No sin admiración, pero también con ojos muy críticos: «La burguesía ha desempeñado en el transcurso de la historia un papel verdaderamente revolucionario. Dondequiera que se instauró, echó por tierra todas las instituciones feudales, patriarcales e idílicas. Desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales, que unían al hombre con sus superiores naturales y no dejó en pie más vínculos que el del interés escueto, el del dinero contante y sonante, que no tiene entrañas. Enterró la dignidad personal ba-

jo el dinero y redujo todas aquellas innúmeras libertades (las del Estado representativo) escrituradas y bien adquiridas, a una única libertad: la libertad ilimitada de comerciar» (Ed. Ayuso, pp. 74-75). El texto de Marx-Engels oscila entre el imperativo de tener en cuenta todos los elementos de un proceso histórico muy complejo y el de unificar la visión desde una clave de comprensión. Unificar para comprender es la vida misma de la razón; no en vano el griego logos viene del verbo lego, que significa juntar, reunir en un solo haz los muchos tallos de trigo, que crecieron dispersos.

Pues bien, por mucho que nos esforcemos, no encontraremos otro vínculo atador de los mil elementos y aspectos del mundo moderno en un solo haz que el de ese interés escueto del dinero. Max Weber lo llamará el espíritu del capitalismo y para la sociología actual, el ethos capitalista sigue siendo el elemento dinámico unificador de todos los demás elementos de este mundo nuevo de la globalización: nuevas tecnologías, redes empresariales, competencia global y Estado.

En su tarea histórica, va suprimiendo la burguesía ascendente cuantas instituciones se opongan a su libre expansión y las va sustituyendo por otras, hechas cada vez más a su propia medida: colabora con las monarquías centralizadas del Renacimiento y acaba con el antiguo régimen, sustituyéndolo por el Estado liberal. Claro que si una determinada clase social logra configurar un orden a su propio provecho, se suscita su antagonista. La burguesía lo encuentra en la clase obrera y el movimiento obrero pasa a ser un elemento fundamental de la historia contemporánea.

Romper lazos sociales e instituciones para el propio provecho fomenta el individualismo. Sentir la euforia de la propia expansión y del propio poder también. Desde el programático *l'uomo singolare* del Renacimiento, el individualismo pesa como un valor dominante de la modernidad. Sociólogos y antropólogos americanos lo ven como un rasgo esencial de la cultura de EE. UU. Ciertamente que los humanistas lo afirmaban con entusiasmo, pero su formulación rigurosa tuvo que esperar hasta Descartes, como dijo muy bien Ortega. El checo Karel Kosik lo analizó así: «La razón en Descartes es una razón del individuo liberado, aislado; éste encuentra en su propia conciencia la única seguridad para sí y pa-

ra el mundo. En esa razón no ha llegado a anclarse solamente la ciencia moderna, la ciencia de la razón racionalista, sino también la realidad moderna; ésta se encuentra penetrada de esa razón, incluyendo su racionalización y su irracionalismo. Por sus consecuencias y su realización se encuentra la “razón independiente” como dependiente y sometida a los propios productos, que en su totalidad resultan absurdos e irracionales» (*Dialéctica del concreto*, Ed. Suhrkamp, 1967, p. 96).

Así pues, ese yo individualista es el agente histórico, por lo menos de la segunda parte del segundo milenio. Se interpreta como una cosa que piensa y una cosa que actúa, transformando su propio mundo.

Como una cosa, que piensa, desarrolla ese yo la ciencia moderna, expresada en su lengua común, que es la matemática. Nadie ha visto y juzgado tan certeramente el carácter solipsista (e.d. superlativamente individualista) del pensamiento matemático, como F. Ebner. Como cosa que piensa, desarrolla además el yo individualista la filosofía del sujeto. Una filosofía-refugio para unas mentes desconfiadas del orden real, que pierden el hábito contemplativo de las cosas verdaderas y buenas en sí y lo sustituyen por el interés de dominio sobre las cosas útiles para el sujeto. Desde entonces se abre la dialéctica del olvido del hombre, que es tanto como decir del verdadero ser. Abraham, el creyente contemplativo del orden de la gracia, se ve sustituido por Prometeo, el sujeto demiúrgico buscador de sí mediante la voluntad de poder. Sin duda Heidegger puso unas buenas bases para superar la filosofía del sujeto, pero él no superó gran cosa, pues no se sale de una cárcel, si no hay más allá de la puerta un suelo firme hacia el que salir. El segundo Heidegger se quedó esperando a Godot y eso no me parece que sea mucho superar.

Como cosa, que actúa, el hombre individualista ha desplegado la técnica moderna, transformando más y más su mundo y aún destruyéndolo. Desarrolla una razón práctica, que lo desubstancializa todo, tornándolo todo en mero instrumento de sus fines provisionales. Y aquí tenemos la «razón instrumental», que convierte en superstición cuanto no sea utilizable (Horkheimer). Prometeo ha triunfado, pero queda asomado al vacío de su propio egocentrismo.

Echemos una ojeada relámpago a la primera mitad del siglo xx. El crecimiento demográfico, el auge urbano, la exaltación de los nacionalismos, las rivalidades imperialistas, la agudización de las contradicciones sociales en Europa y el despertar nacionalista en el amplio ámbito colonial formaron el cóctel explosivo, imposible de digerir por las instituciones políticas vigentes. Primero una gran guerra y una revolución socialista en Rusia, luego la aparición de unos regímenes fascistas allí donde la democracia era precaria. Todo esto desestabilizó la coexistencia internacional y el mundo se vio nuevamente sumido en otra guerra peor que la anterior, acompañada del más espantoso genocidio de la historia. Tras el gran horror, el mundo se ve dividido en dos bloques. El bloque socialista parecía prometer un mundo alternativo del capitalismo, pero como vieron los maestros de la Escuela de Frankfurt, sólo se trataba de una variante de la misma razón instrumental, que venía enfermando toda la cultura moderna. El socialismo soviético sólo resultó una mala copia del orden, que pretendía suplantar. Copia, porque también hizo primar el interés económico con marginación de la persona. Mala, por cuanto lo hizo desde la escasez y la coacción, provocando así el descompromiso de la población y precipitando su caída. Los dirigentes soviéticos prometieron al comienzo de la revolución que iban a construir al hombre nuevo. Gorbachov nos dice en su libro *Perestroika* que fue precisamente el factor humano el que más influyó en la caída de un régimen inviable. Se cerraba un largo episodio y con él una supuesta vía hacia el futuro.

Y aquí tenemos ya al capitalismo triunfante y sin oponentes. En el país piloto, los EE. UU., parecía haberse alcanzado la cumbre de la saturación y del equilibrio, posibilitada por una democracia liberal en la esfera política y un fácil acceso a los videos y cadenas de estéreo en lo económico. Habiendo sucumbido las dos alternativas del Estado homogéneo universal (el fascismo y el comunismo), hemos llegado por fin al final de la historia. Esto fue lo que nos dijo F. Fukuyama y los sociólogos americanos nos presentaron a Narciso, como al ciudadano de ese aburrido Estado final. Los sabios del neoliberalismo completan el cuadro, proponiéndonos con arrogancia el Pensamiento Único: soberanía del mercado y subordinación del poder político a la

economía. Y además, nace una corriente filosófica, que contrae la «mala» tradición metafísica en «pensamiento débil». El pensamiento débil es el reverso vergonzante del pensamiento único. Cara y cruz de una misma ideología. Es la ideología de la globalización.

Globalización es la categoría hoy vigente, para expresar este relevo de milenios, en el que nos encontramos.

Globalización es el proceso, en el que la combinación de alta tecnología, bajos costes de transporte y libre comercio ilimitado llega a fundir al mundo entero en un único mercado. Si los historiadores nos venían diciendo que desde el periodo del colonialismo (1870-1918) comenzamos a tener una historia universal, un drama unitario de toda la humanidad, los del final del siglo xx añaden que ese drama unitario es el de una «aldea global».

En caso de que esto sea así, hay que añadir aún que esa aldea se ha construido desde el proyecto arquitectónico del capitalismo neoliberal. El impacto de esta opción sobre la estructura social ha sido tan invasor como negativo: un capitalismo centrado en «la tríada» de EE. UU., Europa y Japón (con los cuatro «dragones asiáticos») se ha hecho más excluyente del resto del mundo pobre, que ha quedado fuera de la red de información y comercio y cada día se ve más empobrecido, más condenado al subdesarrollo y al hambre. El paro estructural crece, los pobres del mundo rico malviven cada día peor y las bandas criminales se organizan globalmente en todo el mundo, actúan y dañan, escapando del control de los estados nacionales y de la colaboración policial internacional.

¿Y cómo es vivida la globalización por la gran masa de la población desarrollada? Como un continuo entretenimiento evasivo, proporcionado por el estadio, los mil artículos de consumo y el poder del mundo televisivo, que lo instala fascinado en una «realidad virtual». Vive el hombre light de la globalización creyéndose libre, pero en realidad dirigido desde dentro, es decir seducido, como los hombres venidos a menos en el jardín de la maga Circe. Esta influencia anestésica del entretenimiento y del consumismo es el reverso estructural de un mundo económica, social y políticamente deshumanizado. Sólo el sonámbulo puede convivir sin drama con la irracionalidad.

Y sin embargo, esto no debe hacernos olvidar que en el último tramo del segundo milenio ha dado la humanidad un salto tan gigantesco, que si de pronto se trasladara al siglo xx a un historiador familiarizado con la época del Renacimiento, tendría la sensación de que lo habían llevado a un planeta distinto (Braudel). A lo largo del segundo milenio se construyeron los pueblos de Europa, de América y en general del mundo, tal como hoy lo vemos, nacieron las lenguas, que hablamos, se levantó el edificio de las ciencias, con las que conocemos mejor la naturaleza, la sociedad, la conducta humana, la tradición histórica etc., se crearon técnicas con que dominar enfermedades y obstáculos de la naturaleza, afloraron a la conciencia pública los grandes valores, que deben ser norma de la convivencia, como son la razón (¡atrévete a pensar!), la libertad, los derechos humanos, la solidaridad entre pueblos e individuos. No podemos olvidar que estos valores nos sirven de guía para comprender y criticar nuestro mundo y para proyectar una utopía esperanzadora. Afirmar estos valores nos parece un imperativo incondicional.

Es evidente que son estos valores los que nos hacen ver que lo que ahora vivimos es una mala globalización y comprender y sumarnos a las muchas formas de resistencia, que están surgiendo contra dicha globalización. Ahí están los movimientos feminista y ecologista; ahí están los mil encuentros e iniciativas en pro de los derechos humanos, ahí está la protesta en las calles de Seattle, Davos o Washington contra la OMC o el FMI, los instrumentos de lo que hemos llamado la mala globalización. ¿Y qué decir de la resistencia de las religiones? Miembros de las iglesias han estado también en Seattle y las otras ciudades. Pero el tema religioso en el segundo milenio nos demanda un breve momento de atención. El proceso de modernización en Occidente ha sido un proceso de secularización, en el que la religión se ha visto desplazada desde el centro al margen de la cultura. Ese proceso ha conllevado la aparición del ateísmo, como fenómeno sociológico generalizado. ¿Un avance de la «razón», demostrado apodícticamente por el progreso histórico mismo, como diría Comte? Si

intentamos razonar con rigor ese progreso, no saldremos del círculo cerrado existencia-razón. En efecto, Dios no está en el huracán, ni en el terremoto, ni en el fuego (1 Re 19, 11 ss.), Dios no está en la violencia. Tampoco está en el afán de tener ni en el egocentrismo. Si pues una cultura opta espontáneamente por domiciliarse en la violencia, en el afán de tener y en el egocentrismo y desde ese domicilio me dice que no existe Dios, le responderé que este juicio estaba ya implícito en su opción. La opción por la inmanencia no sale de sí razonando. Esto es una tautología, como la que cometen los antihumanistas, que luego de cerrarse al mundo intersubjetivo (sin duda el más real de todos), nos dicen que el hombre ha muerto. Lo cierto es que las religiones se sienten cada vez más interpeladas por tanta sinrazón y tanto sufrimiento, por tanta ausencia de Dios culturalmente inducida desde la destrucción del hombre, y que se plantean la acción conjunta. Por ejemplo, en el Parlamento de Chicago de las Religiones del Mundo (1993) convienen en cuatro compromisos por la justicia social, por la no violencia, por la tolerancia y por la igualdad en los derechos entre hombre y mujer. Es sólo un comienzo.

Hay que insistir en que todas las resistencias mencionadas son importunaciones del ser humano, de la persona, que no se deja reducir a una sombra de lo que podría llegar a ser, según su alta vocación. Hay que insistir en que todas las resistencias contra la deshumanización actual exigen una iluminación racional. Hay que pedirles pues a la filosofía, a la poesía, a la novela y demás formas de creación literaria, a todo pensamiento públicamente expresado con interés emancipatorio» (Habermas) que se centren en aportar luz profética en medio de tanto caos mental y de tanto sufrimiento. Las corrientes dialógica y personalista, enraizadas en la tradición bíblica, judía y cristiana, aportan sin duda una orientación, que debería plasmarse en fuerza de transformación social, para, junto con otras aportaciones, «rehacer el Renacimiento» (Mounier), es decir, rectificar el curso actual, a fin de que la historia, que viene haciendo el hombre, no la siga haciendo contra el hombre.